

LEYENDAS DE
ZHARKIAM

El Vigilante Perdido

Iván Mesa Muñoz

&

Antonio Córdoba Hidalgo

Leyendas de Zharkiam I El Vigilante Perdido

© Iván Mesa Muñoz

© Antonio Córdoba Hidalgo

1ª edición: abril 2025

Edición: © Amazon KDP

www.XXXXX.com

Ilustración de cubierta: XXXXXXXX

Nuestra web en: www.XXXXXXX.com

Facebook/Instagram: @XXXXXX

Twitter: @XXXXXXXXXXXXX

Correo: XXXXX@contacto.com

ISBN: 978-84-450-1355-7

Depósito legal: B. 22.159-2022

Copyright © 2025 Iván Mesa Muñoz & Antonio Córdoba Hidalgo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

| | | |
|-------------|--|-----|
| Prólogo | Itharus: Guerreros de una era perdida..... | 13 |
| Capítulo 1 | ¿Idilian? ¿Qué es eso?..... | 21 |
| Capítulo 2 | Un final, un principio | 41 |
| Capítulo 3 | Un despertar desconcertante..... | 23 |
| Capítulo 4 | ¿El pasado o el presente?..... | 37 |
| Capítulo 5 | ¿Recuerdas? | 55 |
| Capítulo 6 | ¿Me reconoces? | 65 |
| Capítulo 7 | Consecuencias | 75 |
| Capítulo 8 | Oscuridad acechante | 89 |
| Capítulo 9 | Inherencia..... | 103 |
| Capítulo 10 | El Guerrero Único..... | 115 |
| Capítulo 11 | La primera piedra del camino..... | 125 |
| Capítulo 12 | Una afección desconocida..... | 135 |
| Capítulo 13 | El renacer del olvido | 147 |
| Capítulo 14 | Un lugar deshabitado | 157 |
| Capítulo 15 | La esperanza proviene del pasado..... | 167 |
| Capítulo 16 | Preludio de sombras | 177 |
| Capítulo 17 | El alzamiento de la Desgracia | 187 |
| Capítulo 18 | Detrás de una puerta, siempre hay otra | 197 |
| Capítulo 19 | Carta de presentación..... | 209 |
| Capítulo 20 | La inmutabilidad del espacio..... | 219 |
| Capítulo 21 | El verdadero juego comienza..... | 229 |
| Capítulo 22 | ¿Se terminó? | 241 |
| Capítulo 23 | Nada es lo que parece | 253 |
| Capítulo 24 | Es lo que parece | 261 |
| Capítulo 25 | ¿Capítulo final? | 273 |
| Capítulo 26 | La despedida..... | 281 |
| Capítulo 27 | La luz al final del túnel..... | 293 |
| Capítulo 28 | Todo ha acabado, pero | 301 |

HAY ORÍGENES, QUE JAMÁS
DEBERÍAN HABERSE DADO.

—*Paradoja Absoluta.* —

PRÓLOGO

ITHARUS: GUERREROS DE UNA ERA PERDIDA

FRAGMENTO I: ORIGEN DE LOS ITHARUS

Zharkiam, es un vasto y prodigioso mundo, tan grandioso como inabarcable. Con una superficie cubierta de majestuosos parajes, alberga innumerables razas, cada una con su propio fulgor y misterio. Este planeta, rebosa un misticismo digno de ser inscrito en arcanas escrituras y preservado en la eternidad a través de enigmáticos relatos y antiguas leyendas.

En los confines olvidados de este, donde el tiempo parece haberse detenido y las sombras de civilizaciones extintas aún susurran sus secretos, se alza un lugar desconocido: La Zona Inerte, un lugar inaccesible para todas las razas conocidas de Zharkiam, salvo para un pragmático e impasible ser perteneciente a la gran raza de los Ahkzas, Kreatork.

Únicamente una mente brillante como la suya, obstinada y desprovista de principios morales y éticos, podía dar existencia a una de las razas más espectaculares que han habitado el planeta Zharkiam, sin detenerse a cuestionar si el fin justificaba el retorcido sendero de tan crueles experimentos, en cada prueba, este desataba una tempestad de oscuridad y sufrimiento: rituales científicos macabros en los que la agonía se fundía con el horror, dejando cicatrices imborrables en el alma del universo. Pero, finalmente, tras una innumerable y exacerbada sucesión de atroces prácticas que habrían puesto en jaque la mente del villano más retorcido, emergieron como la encarnación de una ambición desmedida, los *Itharus*, presagio de la inminente oscuridad que amenazaría con devorar este vasto cosmos.

Kreatork era un ser de intelecto insondable y no dejó el dominio de su raza, los Ahkzas, a la suerte del caos, creando a los Itharus como armas vivientes, incapaces de enfermar, inmortales ante el tiempo y superiores en fuerza y resistencia a cualquier otra criatura. No tenían sexo ni género, pues la reproducción no era necesaria. Cada uno era concebido con un propósito claro: servir en la guerra sin cuestionar, sin vacilar y sin conocer otro camino.

FRAGMENTO II: LA CREACIÓN DE LOS ITHARUS

Los Ahkzas no eran dioses, aunque su poder los hacía parecerlo. Eran científicos, filósofos y arquitectos de la propia existencia, obsesionados con la perfección, la creación y el control. Su obra más temible llevada a cabo por Kreatork, los Itharus, no surgieron de un acto de amor o de un deseo de compañía, sino de la necesidad de una herramienta definitiva para la guerra: un arma viviente, imparabile e incuestionable. El proceso de creación era tan frío como calculado, ya que Kreatork, no se detenía a cuestionar si el fin justificaba los medios; para él, la guerra era una ecuación que requería una solución definitiva. Y los Itharu eran esa solución.

Kreatork no solo manipulaban la materia; también jugaba con la esencia misma de la existencia. Cada Itharu era concebido en una cámara especial, donde la energía de la Zona Inerte se concentraba en un punto único. Allí, el cuerpo del Itharu tomaba forma, sus órganos, músculos y huesos se tejían con una precisión que solo este Ahkza podía lograr. Pero la creación no terminaba con el cuerpo. Una vez que el Itharu estaba físicamente completo, los Ahkzas procedían a implantar conocimientos bélicos desde su nacimiento y habilidades en su mente. Los Itharu eran sometidos a un entrenamiento brutal, diseñado para erradicar cualquier rastro de debilidad. No conocían el miedo ni la compasión;

sólo la guerra. Sus mentes estaban imbuidas de conocimientos bélicos, tácticas y estrategias que los convertían en auténticas pesadillas en el campo de batalla. Este proceso, conocido como "*Implantación Cognitiva*", era crucial para asegurar que los Itharu fueran no solo fuertes, sino también inteligentes y estratégicos. Sus rostros, casi humanos en apariencia, ocultaban una ferocidad animal. Detrás de cada expresión severa se hallaba una dentadura que combinaba la humanidad con la brutalidad de las bestias depredadoras. No poseían arte, ni amor, ni sueños; su única aspiración era el campo de batalla. Allí encontraban sentido, allí eran completos.

Cada Itharu era una obra maestra de ingeniería biológica y mental. Sus cuerpos estaban diseñados para soportar el daño más extremo, y su regeneración acelerada les permitía seguir combatiendo incluso con heridas mortales para otras especies. Pero no eran simples máquinas de matar. Su inteligencia era afilada como sus armas, capaz de analizar, adaptarse y explotar las debilidades de sus enemigos con una precisión escalofriante. No había lugar para la imperfección en su diseño. Su piel, más densa que cualquier metal conocido, estaba marcada con símbolos antiguos, códigos que Kreatork, su artífice, utilizaba para identificar sus modelos y capacidades. Estos símbolos no eran meras inscripciones; eran parte de su esencia, cicatrices de su fabricación. Pero lo más inquietante de todo era su lealtad. Los Itharu no luchaban por gloria, riquezas o ideales. Luchaban porque era su razón de ser, porque habían sido creados para ello. Y aunque no entendían conceptos como el honor o la traición, su código interno los hacía casi incorruptibles. Solo los Ahkzas podían darles órdenes, y solo los Ahkzas tenían su lealtad.

Las primeras versiones de los Itharus, eran robustas y dotadas de dimensiones exageradas y monstruosas, eran seres tercos, muy inteligentes y abominablemente rudos, pero aún estaban lejos de esa perfección que se buscaba en ellos.

Kreatork lejos de destruir estos seres, los exilió cruelmente al páramo helado más frío de todo Zharkiam, pero, se negaron a sucumbir. Con el paso inexorable de los años, crecieron en comunidad, algo muy raro en ellos, ya que eran muy solitarios, adaptándose a las implacables adversidades del entorno. Estos, fueron conocidos en los anales de la historia como “Los Descartados de la Tundra”.

Kreatork, siempre atento a cada susurro del universo, registraba con meticulosa precisión cada avance y cada cambio de estos individuos. Con el implacable pasar del tiempo, siglos de estudio se acumularon en volúmenes de apuntes, anotaciones y observaciones, cimentando el camino para que, en un clímax de ingeniería, ciencia y recursos inalcanzables hasta para las mentes más prodigiosas, nuevas versiones de aquellos seres se hicieran realidad. Y, al fin, emergieron, una segunda versión de los Itharus, dotada con más capacidad para adaptarse a los designios del entorno y con una velocidad adaptativa, resistencia y fuerza que rozaban lo sobrehumano.

Con el paso de los años, nuevas versiones fueron surgiendo, cada una más refinada que la anterior, más letal, acercándose inexorablemente a la visión de un arma definitiva. Entre las muchas mejoras que distinguían a los nuevos Itharus de sus predecesores, una en particular destacaba sobre todas las demás: un pequeño artefacto incrustado en su brazo, una pieza oscura que, a simple vista, no parecía más que una pulsera común. Pero aquella insignificante apariencia escondía un poder aterrador. Cuando el Itharu alcanzaba el clímax de la batalla, cuando la sangre salpicaba el suelo como una lluvia escarlata y el fragor de la contienda amenazaba con devorarlo todo, el artefacto se activaba. Y en ese instante, la transformación ocurría. Un torrente de poder puro y desbocado se desataba en su interior. La furia de mil guerras ardía en su pecho, convirtiéndolo en algo más que un

guerrero: una máquina de matar, un azote imparable, un demonio nacido para la destrucción. Nada podía hacerle frente en ese estado. Las armas rebotaban contra su piel endurecida aún más por la energía desatada. Sus enemigos apenas tenían tiempo de comprender su propia insignificancia antes de ser arrastrados por su furia. Solo los necios intentaban resistir. Solo los desesperados osaban plantarle cara. Para todos los demás, la única opción era huir. Y aun así, pocos lo lograban. Estos seres, fueron llamados Itharus K-200 por su creador.

Y por fin apareció la versión final antes de la versión definitiva, los cuales fueron numerados como Itharus K-227, estos, eran exactamente igual que su versión directamente anterior, pero una importante y nueva característica los diferencia de los anteriores, pues fueron dotados con la increíble capacidad de poder viajar entre las diferentes Dimensiones, ya que hasta ese momento eran los únicos seres que podían hacer tal cosa. Estos Itharus podrían moverse libremente entre la Dimensión Cósmica, lugar físico donde se encontraba Zharkiam y la Dimensión Pura, lugar físico donde residían los Universiams que fueron los mismísimos creadores de los Ahkzas.

La versión definitiva de los Itharus lleva un nombre propio, ya que solo se creó un ejemplar único, llamado Idílian. Este es el protagonista de nuestra historia en Zharkiam y el ser más temido de todo el universo.

FRAGMENTO III: EL AUGE DE LOS ITHARUS

Durante la era de su esplendor, los Itharus no eran simples guerreros, sino un ejército letalmente organizado. No eran tropas desordenadas ni hordas salvajes; cada escuadrón era una unidad de élite, especializada en devastar enemigos con

rapidez y precisión quirúrgica. No conocían el miedo ni la fatiga; luchaban hasta que su cuerpo dejaba de responder, y si no caían en batalla, seguían adelante sin cuestionarse su destino. A diferencia de otras razas creadas para la guerra, los Itharus no eran meras herramientas sin voluntad. Su inteligencia era afilada como sus armas. Su fuerza física era abrumadora, pero su capacidad estratégica los convertía en auténticas pesadillas en el campo de batalla.

La primera gran prueba de los Itharu llegó con la Guerra Sacra, un conflicto eterno que enfrentó a los Ahkzas contra los Dherozams, una raza igualmente poderosa y ambiciosa que estos. Durante millones de años, las dos facciones se desgastaron en una lucha sin cuartel, y los Itharu fueron la punta de lanza de los Ahkzas. Fue aquí donde estos comenzaron a crear parte de su leyenda. Se lanzaban contra sus enemigos con una furia controlada, aniquilando sin piedad, sin distracciones, sin otro deseo que cumplir el cometido para el que fueron creados. Su presencia era tan aterradora que incluso los Dherozams una raza superior y conocidos por su ferocidad, comenzaron a temerles.

Pero la verdadera prueba de fuego llegó con la Guerra contra los Universiams, seres de otra dimensión, de la Dimensión Pura, para ser más exactos, y creadores de los Ahkzas y los Dherozams. Fue en este conflicto que los Itharu demostraron su verdadero potencial. No eran simples soldados; eran una fuerza de la naturaleza, un ejército letalmente organizado que devastaba todo a su paso. Los Universiams, seres de poder inimaginable, no estaban preparados para la ferocidad y la inteligencia de los Itharu. Estos no solo luchaban con fuerza bruta; analizaban, se adaptaban y explotaban las debilidades de sus enemigos con una precisión escalofriante. Los Itharus fueron una parte clave de la victoria de los Ahkzas, y junto a Idílian, la razón por la que los Universiams fueron casi exterminados.

Cada Itharu sabía que su existencia estaba ligada a la victoria. No existía honor en la derrota, no había sentido en la rendición. Sus cuerpos estaban diseñados para soportar el daño más extremo, y su regeneración acelerada les permitía seguir combatiendo incluso con heridas mortales para otras especies. Solo la destrucción total podía detenerlos.

FRAGMENTO IV: LA CAÍDA DE LOS ITHARUS

Pero toda gloria tiene su fin, los Ahkzas desaparecieron a manos de los Dherozams en la Guerra Sacra, y su caída, marcó el inicio del declive de los Itharu. Habían vivido por y para la guerra, pero sin un propósito que los guiara, muchos comenzaron a deteriorarse mentalmente, convirtiéndose en sombras de lo que fueron. Algunos intentaron continuar su legado, cazando, vagando sin rumbo, buscando un sentido en un universo que ya no los necesitaba.

A medida que los años avanzaron, los Itharu se dispersaron por todo Zharkiam. Algunos fueron capturados y usados como armas por civilizaciones ambiciosas, pero su terquedad e independencia hacían que fuera casi imposible controlarlos. La mayoría de ellos prefería morir antes que servir a otro amo. Su código interno de lealtad a los Ahkzas los hacía incorruptibles, incluso cuando sus mentes se quebraban por la soledad y la falta de propósito.

FRAGMENTO V: ITHARUS LEGENDARIOS

A pesar de su declive, algunos nombres destacan entre las leyendas. Vhulert, el Gran Cazador, es recordado como el más letal de los Itharu como cazarrecompensas. Su persistencia, inteligencia y maestría con armas de fuego avanzadas lo han convertido en un mito temido en toda Zharkiam. Se dice que

una vez que Vhulert marca a su presa, no importa cuán lejos intentará huir, ni cuánto tiempo pasará; tarde o temprano, esté la encontrará.

Pero el más enigmático de todos es Idilian, el protagonista de esta historia. A diferencia de sus hermanos de raza, él posee cualidades únicas, imposibles de replicar. Su historia es tan extensa y compleja que merece su propio relato, uno que trasciende incluso a los Itharus mismos. Su presencia desafía todo lo que se conoce sobre su especie, y muchos se preguntan si fue una anomalía o si el propio Kreatork le dio un propósito más grande que la guerra.

Y entre las sombras de la historia, se murmura sobre un Itharu más antiguo que todos los demás. Su existencia es incierta, pero sus hazañas han sido relatadas como mitos por aquellos que aseguran haberlo visto. Se dice que luchó en la primera guerra de los Ahkzas, que ha estado presente en todos los eventos y épocas importantes de la historia, y que aún camina entre nuestro mundo, oculto en la penumbra. ¿Sigue con vida o es solo una leyenda perdida en el tiempo?

FRAGMENTO VI: EL LEGADO DE LOS ITHARUS

Hoy en día, los Itharus son apenas una sombra de lo que fueron. Todos los seres del universo los temen, los evitan o intentan esclavizarlos sin éxito. Son tercos, inquebrantables e imposibles de manipular. Son solitarios, sin alianzas, sin una estructura que los una. Algunos de estos buscan el rastro de los antiguos Ahkzas, esperando un día encontrar en parte su olvidado legado. Otros se han adaptado como mercenarios y cazadores, vendiendo su letalidad al mejor postor. Pero todos siguen siendo lo que fueron creados para ser: guerreros sin igual. Y aunque la mayoría los haya olvidado, los Itharu siguen siendo una fuerza a tener en cuenta. Su inteligencia y persistencia los hacen temibles, incluso en su declive.

Mientras uno solo de ellos siga en pie, el recuerdo de su leyenda jamás se extinguirá.

¿IDILIAN? ¿QUÉ ES ESO?

—¿Idílian? ¿Qué es eso, mi señor? —preguntó el general frunciendo el ceño, desconcertado al escuchar aquel nombre.

—¡Lo importante no es qué, sino quién! —corrigió el rey, con voz furiosa y exaltada —¡Idílian! Es el ser más importante de este universo, y para mí, es prioridad absoluta lograr capturarlo y someter su voluntad. Entiéndelo bien, general: nada, repito, nada, en este planeta o en cualquier rincón del maldito cosmos tiene mayor valor que Idílian —gritó el rey mientras desenvainaba su puñal.

Al general apenas le dio tiempo a reaccionar. En un instante, sintió un frío punzante atravesar su cuello. La hoja había sido certera, rápida como un rayo; el filo cruel se hundió en su carne antes de que cualquier pensamiento o palabra pudiera formarse en su mente. Cuando el puñal fue retirado, un torrente de sangre brotó en un chorro violento, salpicando el aire con un carmesí oscuro y espeso, como una última señal de su abrupto final. Sus ojos se abrieron, aún incrédulos, mientras su cuerpo se tambaleaba, atrapado entre la vida y la muerte, en un fugaz segundo de agonía.

El rey, que se hacía llamar Dhort, sin apenas inmutarse, observó a su asistente personal con fría indiferencia. El pobre hombre, pálido y tembloroso, sostenía el paño que usaba para secarse el sudor, sin saber dónde esconderlo ni qué hacer con sus agitadas manos. Sus ojos oscilaban, nerviosos, entre el cuerpo inerte del general y el rostro imperturbable de este. No había en él ni un atisbo de compasión, ni el menor rastro de sorpresa; parecía que el derramamiento de sangre en su presencia era tan habitual como una firma en un decreto. Para

el rey, aquello no era más que otro acto en la vasta coreografía de su autoridad implacable.

El rey, sin embargo, volvió a alzar la voz, sus palabras cargadas de impaciencia y reproche.

—Veo que nadie entiende lo que te estoy diciendo —bramó el rey, con voz resonante y feroz —Idílian no es un ser común, no es como ninguno de nosotros, ¡Inútiles! Es una fuerza sin igual, un ser de un poder que el universo apenas puede contener. ¿Algún día alguno de los ineptos que tengo alrededor entenderá el significado de tal declaración? ¿O seguiré rodeado de mentes pequeñas que no logran ver más allá de su propio reflejo en el metal de sus espadas?

El asistente personal del rey tragó saliva, su mirada aún temblorosa al recordar la brutal escena. Con un esfuerzo visible para dominar sus nervios, bajó la cabeza en señal de respeto y respondió con una voz cautelosa y sumisa:

—Mi señor... comprendo la magnitud de vuestra búsqueda y la importancia de Idílian para vuestros planes. Sé que no es tarea de simples mortales como yo, comprender el alcance de vuestra visión, pero os juro que pondré todos mis recursos y habilidades a vuestra disposición. Idílian, antes o después, será vuestro.

Luego de pronunciar estas palabras, el asistente aguardó en silencio, temiendo que cualquier muestra de falta de determinación pudiera convertirse en su propia perdición.

Una sonrisa sombría se dibujó en el rostro del monarca.

—Algo juega a nuestro favor, Idílian aún no es consciente de su poder, aunque sigue siendo muy peligroso, jamás debemos subestimarlos —El rey hizo una pausa, como para enfatizar cada palabra —Sin embargo, estamos cerca, muy cerca de lograr nuestro objetivo. Es posible que exista un arma capaz de decantar la victoria a nuestro favor y poder capturarlo.

El asistente asintió rápidamente, captando la insistencia del rey en su propia reticencia a la paciencia, casi como si esa misma cualidad fuera un trago de veneno que debía tragarse a la fuerza.

—Así es, mi señor —respondió con una voz cuidadosa— y la paciencia misma, aunque es odiosa, puede actuar como el arma más letal. De este modo, Idílian estará cada vez más cerca nuestro, sin que él mismo sea consciente.

El rey esbozó una sonrisa fría, un destello cruel en sus ojos.

—Justamente —dijo en tono bajo, saboreando sus palabras —Si esta espera es el precio para obtener un ser de semejante poder, lo pagaré de muy buena gana.

La sala quedó sumida en un silencio tenso, como si todos compartieran esa punzada de impaciencia del rey, esa misma hambre creciente que no saciarían hasta tener al enigmático joven en sus manos.

El rey asintió con un movimiento apenas perceptible mientras observaba la sangre que se extendía como una gran mancha sobre el suelo de mármol. Su mirada no albergaba ninguna emoción visible, solo un brillo de intensidad implacable.

—Que el nuevo general entienda el valor de mis palabras y no cuestione mis motivos. Ya basta de mediocridad en mi corte, ¿me entiendes?

El asistente se inclinó nuevamente, sin atreverse a alzar la vista.

—Perfectamente, mi señor. No cometeré el error de elegir a alguien que vuelva a decepcionaros —respondió con voz temblorosa. Dio un paso atrás, asegurándose de no darle la espalda mientras abandonaba la sala con extrema cautela, como si cualquier paso en falso pudiera llevarlo a un destino similar al del desafortunado general caído.

Al cruzar el umbral de la gran sala, el asistente soltó un suspiro casi inaudible, aliviado de haberse librado, una vez

más, de las exigencias y el furor impredecible de su rey. Sin embargo, las palabras de Dhort se repetían en su mente. —"El ser más poderoso del universo" —había dicho este —"Una prioridad absoluta" —gritaba el rey al aire, pero, ¿cuánto de esto era real, y cuánto era simplemente la oscura obsesión de un hombre cuyo corazón ya hacía tiempo se había entregado a la codicia y al miedo?

A cada paso que daba por los pasillos, el asistente sentía crecer una incómoda sospecha. ¿Y si realmente existía algo en Idilian que escapaba a la comprensión común, algo tan formidable que incluso el rey de la Capital de las Diez Coronas se sentía pequeño en su presencia? ¿O simplemente se trataba de un delirio más, una fantasía que Dhort había convertido en una misión, arrastrando a todo su reino en su espiral de locura?

Con esa inquietud, apuró el paso, decidido mantener a raya todas sus dudas e inquietudes, y seguir siendo la sombra leal que su rey esperaba.

Para que vosotros podáis sentir la magnitud de esta historia, permitidme explicaros la importancia de este rey para nuestro actual mundo, llamado por todos **Zharkiam**. Los grandes reinos de la raza humana estaban divididos en diez, y todos ellos se encontraban bajo el yugo de una única entidad suprema: la Capital de las Diez Coronas. Esta era el centro económico y de poder de todos los humanos, un núcleo de riqueza e influencia que se alimentaba de la fuerza y los recursos de cada uno de sus otros nueve reinos circundantes.

Dhort era el legítimo rey de esta región, gobernante absoluto de la Capital de las Diez Coronas, y su mandato se imponía con un dominio implacable sobre todas las demás regiones. Todos los adjetivos despectivos que pudiera emplear para este ser, se quedarían cortos para describir su crueldad. Su tiranía era conocida no solo entre los humanos, sino entre todas las razas de Zharkiam, y sus riquezas eran tan vastas que

pocos podrían siquiera imaginar su alcance. Sin embargo, como ocurre con los seres consumidos por la codicia, ni siquiera la posesión de todos esos bienes apaciguaba su alma. A lo largo del pasar de los años, Dhort fue consumido por una obsesión que crecía en su corazón, centrada en una entidad única y enigmática: un ser llamado *Idílian*.

El rey no escatimó esfuerzo alguno en investigar cada fragmento de historia y leyenda sobre Idílian, siguiendo las huellas de su pasado y los vestigios de su poder con una determinación insaciable. Con cada descubrimiento, su obsesión se intensificaba, llevándolo a descubrir secretos y revelaciones que, si os los contara, no os serían fáciles de creer. Este conocimiento prohibido no hizo más que ahondar su locura, y en los últimos años su mente comenzó a consumirse en una oscuridad profunda, cada vez más hundida en la obsesión y la insensatez.

Volviendo otra vez la corte del rey, el consejero de su majestad se acercó a Dhort con paso silencioso, inclinándose para susurrarle al oído:

—Mi señor, la siguiente audiencia es con alguien que dice llamarse Vhulert, un excepcional rastreador y un legendario cazarrecompensas. Afirma tener información de gran relevancia sobre Idílian. ¿Le hago pasar?

Los ojos del rey brillaron con interés.

—Por supuesto, hagámosle entrar. Veamos qué tiene que decir —respondió con premura.

El consejero, sin perder tiempo, se volvió hacia los guardias.

—¡Que pase, Vhulert! —ordenó con una voz autoritaria, que reverberó en las altas bóvedas del salón.

Las puertas se abrieron con un crujido resonante, interrumpiendo la quietud solemne que llenaba aquel lugar. Poco a poco, una figura imponente se dejó ver en el umbral, avanzando con una calma firme y segura. Vhulert era un ser alto y de complexión poderosa, con un tono de piel pálido que

contrastaba con las oscuras marcas que surcaban por todo su cuerpo. A primera vista, parecía humano, pero había algo en él, una presencia y una rigidez que lo separaban de los simples mortales.

Vhulert pertenecía a una de las razas más antiguas del universo, los *Itharus*, un linaje de seres inmortales cuyo poder y sabiduría eran tan profundos como el tiempo mismo. Pocos Itharus quedaban ya en el cosmos, y cada uno de ellos era una criatura formidable, poseedora de vasto conocimiento, una astucia y fuerza física de eras que nacieron y murieron bajo la mirada vigilante de los antiguos guardianes del mundo.

Vhulert llevaba consigo un arsenal de armas y artefactos tan extraños que todos los presentes en el gran salón quedaron boquiabiertos. Nunca antes habían contemplado nada similar; las formas y materiales de aquellos objetos resultaban tan ajenos que parecían pertenecer a otro mundo. Las armas brillaban con un resplandor opaco y metalizado, y sus contornos, finamente trabajados, revelaban inscripciones y formas que se torcían en ángulos inverosímiles, casi incomprensibles para la mente de cualquier humano.

Los cortesanos y guardias intercambiaban miradas de desconcierto y, por primera vez en mucho tiempo, en la sala del rey se respiraba algo parecido a la fascinación. Estoy seguro de que, de haber estado vosotros allí, habríais compartido esa misma incredulidad. La presencia de Vhulert y sus extraños artefactos quebraban el aire solemne del lugar, y hasta el propio rey Dhort parecía no poder apartar la vista de aquellos artilugios.

Este observó al cazador detenidamente, consciente de la rareza de su presencia y del valor que podía traer a su reino.

—Vhulert, me alegra tenerte aquí —dijo el rey, con su voz solemne y respetuosa, reconociendo la grandeza de su invitado

—¿Qué es lo que tienes para nosotros? —añadió el consejero en tono directo, observando a Vhulert con ojo crítico.

—Dhort, es bien sabido que tu búsqueda se ha reducido a una sola cosa... y yo te la puedo entregar —dijo Vhulert con voz seca y calculada.

—¡Idílian! Eso es lo único que deseo —respondió el rey, tajante, sin desviar la mirada.

—He pasado meses siguiéndole la pista. No es tarea fácil, os lo aseguro —respondió Vhulert, casi con admiración. Su tono adquirió un matiz de advertencia —Es escurridizo y no deja rastros sencillos de seguir. Sin embargo, tengo ojos y oídos por toda Zharkiam, y estos, me han traído hasta tus dominios.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se oculta en mis dominios sin yo tener constancia de ello? —la voz del rey resonó con un enfado que despertó el miedo entre los asistentes, mientras sus dedos tamborileaban sobre el trono.

—Exactamente eso es lo que estoy diciendo. Le perdí la pista hace pocos días en una de tus mayores regiones, Orhya —contestó Vhulert sin perder la compostura.

El rey gruñó profundamente, y en su endurecido semblante se esculpió un odio ardiente, una furia apenas contenida.

—Orhya... —pronunció el nombre con una amargura que parecía teñir el aire de rencor y violencia —Esa región vasta y orgullosa, llena de almas inquietas, siempre se ha alzado como una espina en el corazón de mi reino. Sus gentes, rebeldes e insolentes, nunca conocen la paz, siempre se hallan al filo de la revuelta. ¿Acaso no comprenden que su desafío no hará sino condenarlos? —La voz del rey descendió a un susurro oscuro, cargado de desprecio —Si por mí fuera, los reduciría a cenizas, borraría su existencia misma de la memoria de estas tierras.

Vhulert interrumpió al rey con calma.

—Lo único que quiero a cambio, es información.

—¿Información? —respondió el rey con un destello de curiosidad —¿Sobre qué?

—He oído rumores, susurros de un ser venido del cielo, de los confines del universo —respondió Vhulert, su voz descendiendo a un tono profundo y sombrío —Dicen que posee un poder que ningún mortal ha presenciado en Zharkiam, este es capaz de devorar mundos enteros, dejando solo vacío y ruina en su estela. Allá donde pasa, la vida se extingue, y aquellos desdichados que cruzan su camino se ven arrastrados a pesadillas eternas, condenados a vagar en la oscuridad sin esperanza de despertar. Por fortuna, aún se encuentra lejos de aquí, pero le hacen llamar, *El Emisario de las Pesadillas*, así ya lo han nombrado algunos y su nombre resuena en Zharkiam con una fuerza cada vez más creciente.

—Sí, algo ha llegado a mis oídos —dijo el rey, fingiendo un desinterés que apenas velaba la tensión en su mirada; sus ojos se estrecharon, evaluando cada palabra —Sin embargo, como bien señalas, esa amenaza yace todavía lejos de mis dominios, y el peligro que pueda suponer aún no es digno de mi atención —una leve sonrisa, amarga y desdeñosa, apareció en su rostro.

Vhulert inclinó la cabeza.

—Puede que no sea un obstáculo para ti, pero para mí sí lo es. Deseo darle caza, y dado que tú aún controlas el C.R.A.E, quiero que me proporciones su localización. A cambio de esta, te entregaré a Idílian, así de fácil.

El tono del rey se tornó grave y cortante, sus palabras llenas de una mezcla de furia y desconcierto, la atmósfera en la sala se espesó con la tensión palpable que emanaba de su presencia y los ojos de Dhort comenzaron a brillar con una intensidad peligrosa, como si cada palabra de su interlocutor fuera una amenaza latente.

—¿Cómo sabes tú de la existencia de esa organización? ¡Hace años que esta dejó de existir! —repitió, esta vez con una fuerza en su voz, como si intentara hacer desaparecer

cualquier atisbo de duda sobre la veracidad de sus propias palabras.

La pregunta flotaba en el aire, suspendida como un juicio, esperando una respuesta. La sala, normalmente llena de murmullos y susurros furtivos, ahora estaba inmersa en un silencio inquietante, como si todos los presentes supieran que cualquier respuesta incorrecta podría resultar en consecuencias desastrosas. El rey, en su ira contenida, esperaba con ansias desmesuradas una explicación, sin querer siquiera considerar la posibilidad de que su mundo de secretos bien guardados pudiera haberse filtrado de alguna manera.

—Ya te lo he dicho, Dhort. Tengo ojos y oídos en cada rincón de Zharkiam —prosiguió Vhulert, con mucha calma en su voz —Pero este ser, esta criatura caída del cielo... hace milenios que no veía algo semejante —la voz de Vhulert se enturbió, como si hablara de un espectro temido desde tiempos antiguos —No deja rastro alguno; solo surge, destruye, y desaparece sin aviso, como la sombra de una pesadilla que se disipa al amanecer, dejando a su paso un silencio profundo y aterrador.

—No alcanzo a comprender cómo has llegado a saber de esta organización —murmuró el rey Dhort, con una frialdad cortante y con sus ojos fijos en Vhulert, llenos de una mezcla de sorpresa y recelo —Se trata de un asunto que debía permanecer en secreto, desconocido para todos —Dhort guardó un breve silencio, dejando que sus palabras se enredaran en la tensión del aire —Pero si los rumores que has escuchado sobre ese ser caído del cielo son ciertos, no pasará mucho tiempo antes de que su nombre retumbe por todo Zharkiam como un trueno en la noche.

El rey hizo una pausa y bajó la voz.

—No obstante, te daré la información que ansías... ¡Acércate! —ordenó, indicándole a Vhulert que se acercara al trono donde este se encontraba.

Vhulert avanzó despacio hasta el trono. Dhort se inclinó y le susurró algo al oído que nadie más en el salón pudo oír. Vhulert asintió, y en su mirada se reflejó la comprensión de lo que había escuchado y mientras el rey se apartaba este le devolvió la palabra al aire.

—Vhulert, es un placer hacer negocios contigo. Espero que tu reputación te respalde —dijo el rey, con una reverencia leve pero respetuosa.

—Nos veremos muy pronto, Dhort —respondió Vhulert con una ligera sonrisa, dando por concluida la reunión.

Cuando Vhulert se marchó, Dhort reflexionó sobre la incompetencia de sus hombres, cuya mente obtusa y limitada no podían comprender la magnitud de los asuntos que ahora los rodeaban. Vhulert, en cambio, parecía un aliado digno.

El reservado Itharu abandonó la sala, mientras todas las miradas se posaban en él. La atmósfera, pesada y expectante, reflejaba el temor y la incertidumbre que su presencia inspiraba. Cubierto por una máscara de prudencia y palabras medidas, aquel ser enigmático escondía una naturaleza inquietante, una fuerza contenida que podía desatar una destrucción imparable contra cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino. Esta cualidad, tan temida y respetada, no pasaba desapercibida para el infame rey Dhort, quien, en su obsesión, había visto en él una herramienta ideal para conseguir su propósito, alguien cuya naturaleza letal le resultaba insustituible.

Mientras tanto, muy lejos de aquel lugar, Idílian se hallaba en un rincón remoto de la vasta región de Orhya, tal como Vhulert había advertido al rey Dhort. Este se encontraba absorbido en una enigmática investigación. Idílian buscaba respuestas sobre este ser venido del cielo, cuyo caos no había conocido Zharkiam desde hacía milenios.

A primera vista, este podía pasar por humano, a pesar de su asombrosa singularidad, parecía un joven común, de unos veinte años aproximadamente, con una complexión delgada pero bien proporcionada, de piel blanca y rasgos armoniosos y con un aspecto perlino que le daba una apariencia casi etérea. Su rostro era sereno, sus facciones suaves, casi infantiles, y sus ojos, grandes y llenos de una aparente inocencia que reflejaban una pureza que resultaba escalofriante.

Algo inquietante e inhabitual emanaba de él, algo que separaba su esencia de cualquier mortal que se preciara. Su juventud aparente no era más que una máscara; detrás de su aspecto engañosamente común, habitaba una fuerza descomunal, contenida en cada fibra de su ser, este era mucho más de lo que los ojos de cualquiera podían percibir.

Sin embargo, al observarlo más de cerca, había algo en su piel que rompía esa ilusión de humanidad. Un patrón de marcas que recorría todo su cuerpo, líneas sutiles que parecían grabadas en su carne desde su nacimiento. No eran cicatrices, ni tatuajes, sino más bien formaban parte de él, como si su propia existencia estuviera escrita en su piel desde su nacimiento. Estas marcas se entrelazaban en formas complejas, casi geométricas, creando un diseño que carecía de lógica pero daba la sensación de seguir algún propósito oculto.

Lo más fascinante eran las uniones de estas marcas. En cada punto de conexión, su piel no se cerraba por completo. En su lugar, había pequeños huecos, oscuros y profundos, demasiado perfectos para ser heridas, demasiado irregulares para ser un simple defecto. Desde ciertos ángulos, parecían normales, simples depresiones en su piel, pero cuando alguien se fijaba en ellos directamente... algo cambiaba, no parecían tener fondo.

Eran vacíos en su forma más pura, como si su cuerpo no fuera del todo sólido, como si partes de él estuvieran en otros

lugares. Y aunque nadie sabía qué había en su interior, una sensación de vértigo se apoderaba de cualquiera que intentara observarlos demasiado tiempo. Moviéndose con una calma sobrecogedora, el joven parecía no ser consciente de estas anomalías, o quizás simplemente ya no les importaban o las había normalizado.

Al igual que Vhulert, Idílian no pertenecía a la raza de los hombres. Estos pertenecían a la raza olvidada de los Itharus, un linaje antiguo más allá del recuerdo de los días, cuyos orígenes se pierden en las brumas del tiempo, y que ahora yace casi extinto en los rincones oscuros de este mundo.

Sin embargo, entre ellos, Idílian era considerado un ser único, como si la mano que lo modeló hubiera vertido en él un propósito característico y singular. Aunque su linaje era compartido con el de Vhulert, aunque sus ojos podían mirar hacia atrás en el tiempo y ver el alba de los días como todos los Itharus, había en él un poder, una esencia, que lo hacía especial e inimitable. Tanto así, que muchos que le miraban dudaban que fuera en verdad un Itharu, y le consideraban más bien un vestigio de alguna raza aún más antigua, o un designio de los mismísimos tejedores del destino.

Pero dejemos tales conjeturas, por ahora, pues el curso de nuestra historia nos llama hacia adelante. ¿En qué punto lo habíamos dejado? Ah, sí... Idílian se encontraba ahora en los antiguos archivos de la capital de Orhya, una de las mayores fuentes de conocimiento de toda Zharkiam, este reposaba en las profundidades de un lugar oscuro y laberíntico, grandes habitaciones donde la resonancia de pasos perdidos era el único sonido que se atrevía a quebrar el silencio. Altos estantes de piedra se alzaban hacia los altos techos, rebosantes de miles de pergaminos enrollados y desgastados por el paso de los siglos. La escasa luz que llegaba allí abajo parecía luchar para abrirse paso, siendo apenas suficiente para que esos osados que quisieran leer aquellos antiguos textos tuvieran

que inclinarse, candelabro en mano o con alguna otra fuente de luz, casi pegada a las páginas amarillentas.

La zona se encontraba impregnada de un leve olor a polvo antiguo y cera derretida. Cada palabra, cada fragmento de esos pergaminos, parecía contener un saber prohibido, escondido en los remotos rincones de ese lugar imponente y solemne, como si el conocimiento mismo rehusara ser revelado a la mirada de los curiosos.

Idílian recorría pergaminos y códices cubiertos de polvo y tiempo. Conforme avanzaba en su búsqueda, las sombras de épocas remotas cobraban forma ante él: antiguos registros hablaban de seres caídos del firmamento, hacía millones de años, seres cuyo poder había desencadenado una devastación inconcebible en Zharkiam.

Aunque los textos eran escasos y fragmentarios, Idílian percibía un patrón, una repetición de lo que alguna vez ocurrió en este planeta. Como vestigios perdidos en el tiempo, los relatos de antiguas catástrofes parecían alinearse con los eventos presentes, y él comenzaba a sospechar que aquello que se avecinaba era más antiguo y oscuro de lo que jamás habría imaginado.

Durante un tiempo, Idílian se había convertido en un prófugo, condenado a vivir oculto de la luz del día, pues el rey Dhort había puesto un alto precio por su cabeza. Cualquier ser que lograra capturarlo y entregarlo ante el trono, jamás tendría que preocuparse por la miseria o la falta de poder, pues Dhort había prometido inundar de riquezas y favores a quienes cumplieran con su voluntad. Esta recompensa había puesto al joven en la mira de incontables cazarrecompensas, espías y asesinos, obligándole a vivir en constante huida, escondido en los rincones más recónditos de Zharkiam. Sin embargo, su voluntad y cometido, permanecía firme. Guiado por sus creencias y convicciones, y por una insaciable curiosidad debido a su naturaleza, arriesgaba su vida a diario

para seguir investigando aquello que, sospechaba, que era un peligro mucho mayor de lo que nadie aún era consciente.

Este no siempre fue un fugitivo; años atrás, Idílian formó parte de una organización secreta llamada el **C.R.A.E**, cuyas siglas significaban **Control, Registro y Análisis Extrazharkianos**. Esta organización, fundada en el pasado para investigar sucesos extraños y fenómenos de origen desconocido, tenía como misión principal observar y documentar las apariciones de seres de otros mundos, indagar en sus propósitos e intereses, y prepararse para cualquier amenaza que pudieran representar para el planeta Zharkiam. Pero bajo el creciente control del rey Dhorth, la organización cambió su propósito original y comenzó a servir los intereses personales del monarca, extraviando su objetivo inicial de proteger el planeta.

Cuando Dhorth declaró a Idílian como un enemigo del reino, poniéndolo en la mira de toda Zharkiam, él no tuvo más remedio que abandonar la organización y vivir en el exilio. Desde entonces, ha estado deambulando, pero nunca ha abandonado su búsqueda de la verdad. Pese a los riesgos, continúa sus investigaciones, decidido a descubrir la verdadera naturaleza de los seres que amenazan al mundo y, si es posible, evitar más sufrimientos para los frágiles y fragmentados pueblos de Zharkiam.

Después de semanas sumido en la soledad y oculto en aquel archivo de Orhya, Idílian finalmente encontró un pergamino que capturó su atención de inmediato. Su aspecto era ligeramente diferente de los demás: estaba cubierto de símbolos desvaídos y palabras en un idioma tan arcaico que hasta el tiempo parecía haberse olvidado de él.

Con un movimiento cuidadoso, Idílian sacó un pequeño aparato, una reliquia singular, un regalo de Lingzeto, uno de sus compañeros más cercanos en la organización del C.R.A.E, en los días en que ambos compartían un destino en común.

Este la colocó en la palma de su mano, dejando que el aparato flotara en el aire y comenzara a girar lentamente. Al cabo de unos instantes, proyectó un débil rayo de luz sobre el pergamino, iluminando los caracteres y traduciéndolos a la lengua de Idílian.

—*Los Universiams: Ascenso y Caída* —leyó el aparato en voz clara y solemne.

Un destello de emoción y curiosidad cruzó el rostro de Idílian. Después de tanto buscar, parecía haber hallado algo que podía ser realmente útil, murmuró para sí mismo:

—Parece interesante. Veamos qué secretos nos revelará...

El aparato comenzó a traducir, palabra por palabra, cada línea antigua.

—*Hace tiempo, cuando Zharkiam aún era joven, un suceso aconteció y dejó perplejos a todos los seres de nuestro planeta...*

Idílian se inclinó hacia adelante, cautivado, mientras escuchaba la historia de un tiempo primigenio, de seres antiguos que, en un ascenso vertiginoso, dominaron fuerzas inconmensurables y desafiaron la naturaleza misma de la existencia. Su caída, sin embargo, fue igual de asombrosa, y el pergamino hablaba de un poder oscuro que se había desatado y que ningún ser en Zharkiam pudo contener.

Al leer sobre el destino de los *Universiams*, Idílian sintió que el misterio del ser llegado del cielo del que antes mencionó Vhulert al rey Dhort, empezaba a entrelazarse con esta leyenda perdida, como si el mismo destino de Zharkiam dependiera de ese saber arcaico.

Sumido durante horas en aquellas historias antiguas, Idílian sintió cómo las palabras de los pergaminos lo transportaban a una era donde la épica y la oscuridad llenaban Zharkiam de luz y sombras. La historia de los *Universiams* era tan fascinante como estremecedora: aquellos seres provenientes de mundos lejanos habían traído al planeta la destrucción y la devastación, amenazando con borrar la

existencia misma. Sin embargo, al borde de la catástrofe, surgió una figura mítica: *El Vigilante Perdido*, un héroe cuya leyenda era aún más extraordinaria por los misterios que la rodeaban.

El Vigilante Perdido no era un simple ser poderoso; su fuerza podía multiplicarse más allá de cualquier límite conocido cuando utilizaba las llamadas **Esencias**, unos objetos con forma de piedras preciosas, de un poder inigualable, eso sí, dotados de vida y voluntad propia. Cada una de estas era única, poseyendo cualidades extraordinarias, y se decía que aquel que lograra dominarlas todas alcanzaría una supremacía sin igual en el universo. Con el poder de estas, El Vigilante Perdido consiguió repeler a los Universiams, forzándolos a regresar al lugar de donde habían venido y preservando así la existencia de Zharkiam.

Mientras las palabras se deslizaban ante él, Idílian empezó a conectar los relatos antiguos con los eventos más recientes. El regreso de estos seres, o al menos de algo relacionado con ellos, parecía ahora una certeza. Quizás ese mismo poder que una vez salvó a Zharkiam también podría traer su perdición si caía en las manos equivocadas. Y aunque no comprendía todavía la razón de su regreso ni sus intenciones, Idílian no podía ignorar estas señales.

Además, el misterio del Vigilante Perdido se convirtió en una obsesión en su cabeza. ¿Podría alguien tan antiguo aún existir en algún rincón del planeta? O, al menos, ¿habría quedado algún rastro de su legado? Si Idílian lograba encontrar información sobre El Vigilante Perdido y, con ella, las claves para acceder a las Esencias, podría tener una oportunidad de enfrentarse a lo que estaba por venir, al terrible Emisario de las Pesadillas, cuya llegada parecía estar más ligada a estos antiguos relatos de lo que cualquiera hubiera podido imaginar.

Decidido, Idílian se dispuso a investigar más sobre las leyendas del Vigilante Perdido y a encontrar, si era posible, el paradero de alguna de las Esencias. Con cada nueva página y cada relato de aquellas épocas pasadas, sentía que estaba a punto de descubrir algo que cambiaría el destino no solo de Zharkiam, sino de todo el universo.

Pero, este, abrumado por la falta de claridad en los textos y la ambigüedad de la información reciente sobre el Vigilante Perdido y las Esencias, comprendió que necesitaría hacer algo más que leer aquellos antiguos pergaminos. Si los rastros escritos de aquel pasado eran vagos y dispersos, tal vez las marcas físicas del caos reciente provocado por el ser venido del cielo, podrían ofrecer las respuestas que buscaba.

Después de días de reflexiones y meses de investigación, Idílian formuló un plan con sus hallazgos: si el Emisario de las Pesadillas había llegado de las estrellas y traído consigo una destrucción semejante a la de antaño, sus huellas podrían estar ligadas a secretos de épocas pasadas. ¿Y si los mismos lugares que este ser devastaba, podían escondían algo más? Los lugares devastados por este serían, sin duda, los puntos de partida para iniciar sus investigaciones. Así, en un giro inesperado de sus objetivos, Idílian decidió que empezaría a rastrear las zonas recientemente asoladas, con la esperanza de que entre las ruinas y cenizas pudiera encontrar alguna pista sobre el paradero de las Esencias.

Este camino con seguridad no sería fácil, pero dada su experiencia, sabía que cada uno de estos sitios podría albergar fragmentos de una historia secreta, vestigios de poderes antiguos o incluso algo de la Esencias del propio Vigilante Perdido. Ahora su siguiente paso estaba claro, tendría que recorrer Zharkiam, siguiendo las sombras del Emisario de las Pesadillas y desentrañando los misterios ocultos en cada rincón devastado.

Pero, durante una de sus prolongadas estancias en las silenciosas cámaras del archivo de Orhya, Idílian, sumido en su estudio de los textos antiguos, notó que el pequeño artefacto que usaba para traducir comenzó a emitir un sonido extraño e inusual. Los engranajes y luces de aquel artilugio, chisporrotearon de manera alarmante justo cuando intentaba descifrar otro pergamino escrito en una lengua desconocida y antigua.

El extraño ruido rompió de pronto la paz espectral del archivo, recorriendo las paredes y muros de las cámaras circundantes rápidamente.

Un golpe seco en la puerta donde se encontraba Idílian, retumbó en sus oídos. El joven, quien apenas había apartado la vista del pergamino que intentaba descifrar, se topó con dos figuras que irrumpieron en la sala: dos guardias reales de Orhya, con semblantes duros y miradas de desconfianza.

—¿Quién eres tú, y qué haces en esta zona restringida? — espetó el primero, con voz autoritaria.

Idílian parpadeó, fingiendo una leve confusión, mientras ocultaba el pequeño dispositivo de traducción en su mano. Este era totalmente consciente de que no podía permitir que lo descubrieran allí oculto, y mucho menos con aquel aparato escudriñando viejos pergaminos, que sin duda levantaría sospechas en los guardias.

—Yo... solo estoy aquí investigando algunos documentos antiguos. No sabía que esta sección estuviera restringida — respondió con voz serena, intentando proyectar un aire de inocencia.

—¿Investigando? —replicó el segundo guardia con una mueca de desconfianza —Aquí no entra nadie sin permiso. No te muevas y no intentes nada, o te arrepentirás.

Idílian, alzando las manos lentamente, dejó ver el aparato que seguía parpadeando y emitiendo un zumbido

intermitente. Los guardias lo miraron con sorpresa, sin apartar sus armas.

De repente, el dispositivo emitió un destello cegador, un último fallo que Idílian aprovechó sin vacilar. Antes de que los guardias pudieran reaccionar, el joven lanzó el aparato hacia ellos, creando una explosión de luz y ruido que los desorientó al instante. Sin perder un segundo, recogió este último pergamino y se fue corriendo hacia la salida. Comenzó a huir por los pasillos del archivo, mientras los gritos de alarma comenzaban a llenar el ambiente.

Sabía que no tenía mucho tiempo. Atravesando corredores y subiendo escaleras en dirección a la salida, podía escuchar los pasos acelerados de los guardias que ya venían en su busca. Al llegar a una puerta lateral que daba hacia el patio exterior del archivo, Idílian la abrió de golpe y se encontró con un escenario imprevisto.

